

consultado, declaró excelente el plan, reservándose ponerle obstáculos, y condenarlo después del mal éxito. El hecho pareció demostrar, que la victoria no debiera buscarse por ese camino y que se encontró por otro. Así mismo, tan mal ejecutado como fué el plan, — y no pudo serlo peor, — vióse que pudieron haberse conseguido ventajas, si no decisivas, por lo menos muy considerables. Es probable que si el mismo San Martín lo hubiese combinado sobre el terreno, lo habría modificado, cargando con toda su fuerza sobre el punto más débil del enemigo, y limitándose á llamar la atención de una manera seria sobre el que debía ser meramente concurrente, en vez de dividir las probabilidades con dos ejércitos de igual fuerza, en que perdido el uno, se inutilizaba el otro, ó se perdían los dos. Pero los planes de campaña no son absolutamente buenos ni malos, cuando son racionales, sino con relación á la idiosincracia del general que los concibe y ejecuta por sí. Napoleón, cuando pretendía dirigir teóricamente las operaciones de Moreau, se convenció que los planes de campaña, relativamente malos ó buenos, sólo son bien ejecutados por el general que los concibe, según su temperamento y los recursos que tiene dentro de sí mismo (27).

Después de proveer á la seguridad del Perú, y organizar la victoria á todo evento, según él lo entendía, ocupóse de la suerte política del Perú, sobre la base de su irrevocable retirada; de nadie se aconsejó, á nadie confió su secreto, y tan sólo interrogó su propia conciencia. Solamente comunicó su resolución á O'Higgins y Bolívar; pero antes que sus contestaciones llegaran, el hecho estaría consumado. Debió ser en un momento melancólico para el hombre que había sido du-

pensamiento argentino, á fin de reconquistar las provincias del Alto Perú para su patria, y detener allí el avance invasor de Bolívar que preveía.

(27) Thiers : « Le Consulat et l'Empire », cap. Hohenlinden.

rante cinco años el árbitro de la mitad de la América del Sud, y la suprema resolución, como él mismo lo ha dicho con reconcentrada emoción, costóle sin duda « esfuerzos que él « sólo pudo calcular », al tomarla y ponerla en ejecución.

IV

El 20 de setiembre de 1822, instalóse con gran pompa el primer congreso constituyente del Perú. San Martín se despojó en su presencia de la banda bicolor, símbolo de la autoridad protectoral. « Al deponer la insignia que caracteriza al » jefe supremo del Perú, dijo, no hago sino cumplir con mis » deberes y con los votos de mi corazón. Si algo tienen que » agradecerme los peruanos, es el ejercicio del poder que el » imperio de las circunstancias me hizo obtener. Hoy felizmente que lo dimito, pido al Ser Supremo el acierto, luces » y tino que necesita para hacer la felicidad de sus representados. Desde este momento queda instalado el congreso » soberano, y el pueblo reasume el poder en todas sus partes. » En seguida, depositó sobre la mesa del congreso seis pliegos cerrados y se retiró entre vivas y aplausos estruendosos. Abrióse uno de los pliegos. Era su renuncia irrevocable de todo mando futuro : « El placer del triunfo para un guerrero » que pelea por la felicidad de los pueblos, sólo le produce la » persuasión de ser un medio para que gocen de sus derechos ; mas hasta afirmar la libertad del país, sus deseos no » se hallan cumplidos, porque la fortuna varía de la guerra, » muda con frecuencia el aspecto de las más encantadoras » perspectivas. Un encadenamiento prodigioso de circunstancias ha hecho ya indudable la suerte futura de la América ; y la del pueblo peruano sólo necesitaba de la representación nacional para fijar su permanencia y prosperidad.

» Mi gloria está colmada cuando veo instalado el congreso
 » constituyente : en él dimito el mando supremo que la nece-
 » sidad me hizo tomar. Si mis servicios por la causa de
 » América merecen consideración al congreso, yo los repre-
 » sento hoy, sólo con el objeto de que no haya un solo
 » sufragante que opine por mi continuación á la frente del
 » gobierno » (28).

El congreso votó una acción de gracias al ex-Protector
 « como al primer soldado de la libertad », y le nombró gene-
 ralísimo de los ejércitos de mar y tierra de la república, con
 una pensión vitalicia de doce mil pesos anuales. San Martín
 aceptó el título y el beneficio; pero declinó su ejercicio, expo-
 niendo sus razones: « Resuelto á no traicionar mis propios
 » sentimientos y los grandes intereses públicos, séame permi-
 » tido manifestar, que la distinguida clase á que el congreso
 » se ha dignado elevarme, lejos de ser útil á la nación, si la
 » ejerciera, frustraría sus propios designios, alarmando el celo
 » de los que anhelan por una positiva libertad; dividiría la
 » opinión de los pueblos y disminuiría la confianza que sólo
 » puede inspirar el congreso con la absoluta independencia
 » de sus decisiones. Mi presencia en el Perú, con las relacio-
 » nes del poder que he dejado y con las de la fuerza, es
 » inconsistente con la moral del cuerpo soberano, y con mi
 » opinión propia, porque ninguna prescindencia personal por
 » mi parte alejaría los tiros de la maledicencia y la calumnia.
 » He cumplido la promesa que hice al Perú: he visto reunidos
 » sus representantes. La fuerza enemiga ya no amenaza la
 » independencia de unos pueblos que quieren ser libres, y
 » que tienen los medios para serlo. El ejército está dispuesto

(28) « Diario de las discusiones y actas del congreso constituyente del Perú », t. I, pág. 8-9. — Véase Guido : « El General San Martín : su retirada del Perú », en la « Rev. de Buenos Aires », t. IV, pág. 5.

» á marchar para terminar por siempre la guerra. Nada me
 » resta sino tributar los votos de mi más sincero agrade-
 » miento y de mi protesta, de que si algún día se viera ataca-
 » da la libertad de los peruanos, disputaré la gloria de acom-
 » pañarles, para defenderla como un ciudadano » (29). El
 congreso insistió, pero San Martín repitió su renuncia.

En la misma noche, reunido el congreso en sesión extra-
 ordinaria, acordó que el General San Martín llevase el título
 de « Fundador de la libertad del Perú », con el uso de la
 banda bicolor de que se había despojado y el grado de capitán
 general: — que se le asignase la misma pensión vitalicia que
 á Washington: — que se le erigiese una estatua sobre una
 columna con inscripciones conmemorativas de sus servicios,
 y que mientras tanto, se colocase su busto en la biblioteca
 nacional por él fundada: — por último, que en todo tiempo
 se le hicieran en el territorio de la República los honores
 anexos al poder ejecutivo (30). Así cumplió el Perú su deuda
 de gratitud.

Desde su retiro de la Magdalena dirigió á los peruanos su
 última palabra de despedida, que ha quedado estereotipada
 en la memoria de los americanos por su estilo lapidario, cuyos
 conceptos la historia debe reproducir íntegros para examinar-
 los á la luz de un criterio diverso del de sus contemporá-
 neos.

« Presenció la declaración de los Estados de Chile y el
 Perú : existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para
 esclavizar el imperio de los Incas y he dejado de ser hombre
 público; he aquí recompensados con usura diez años de revo-
 lución y de guerra.

(29) « Diario etc. del congreso », cit. pág. 9-14, « Colección de leyes y decretos sancionados desde la jura de la independencia del Perú », t. II, pág. 10-17.

(30) « Diario etc. del congreso », cit., pág. 11-12.

» Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas : hacer la independencia y dejar á su voluntad la elección de sus gobiernos.

» La presencia de un militar afortunado (por más desprendimiento que tenga) es temible á los Estados que de nuevo se constituyen. Por otra parte : ya estoy aburrido de oír decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré dispuesto á hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular y no más.

» En cuanto á mi conducta pública, mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán sus opiniones; los hijos de estos darán el verdadero fallo.

» Peruanos : os dejo establecida la representación nacional. Si depositais en ella entera confianza, cantad el triunfo; si no, la anarquía os va á devorar.

» Que el cielo presida á vuestros destinos, y que estos os colmen de felicidad y de paz. »

V

Retirado San Martín á su habitual residencia de campo en el pueblo de la Magdalena, — bautizado por él con el nombre de « Pueblo Libre », — se encontró solo con su antiguo confidente Guido, á quien había pedido le acompañase. Paseábase en silencio por la galería de la casa, al parecer radiante de contento. De repente volvióse á su compañero, y exclamó en tono festivo : « Hoy es un día de verdadera felicidad para mí. Me he desembarazado de una carga que no podía llevar. Los pueblos que hemos libertado se encargarán de sus propios destinos ».

Interrumpido en su soledad por las diversas diputaciones

del Congreso que le ofrecían sus honores ó insistían en que aceptase el puesto de generalísimo, agradeció lo primero; pero respecto á lo segundo, contestó con firmeza : « Mi tarea está terminada, y mi presencia en el poder no sólo sería inútil, sino perjudicial : á los peruanos toca completarla ». — Entrada ya la noche, prorrumpió con cierta impaciencia : « Ya que no puedo poner un cañón en la puerta para defenderme de otra incursión, por pacífica que ella sea, voy á encerrarme ». Y se retiró á su aposento, donde se ocupó en arreglar sus papeles. Hasta entonces, á nadie había comunicado su resolución de separarse del territorio del Perú (31).

Á las 9 de la noche hizo llamar al general Guido, invitándolo á tomar el té en su compañía. En la conversación amistosa que se siguió, le preguntó de improviso : — « ¿Qué manda para su señora en Chile? El pasajero que conducirá las encomiendas las entregará particularmente » — ¿Qué pasajero es ése? preguntó su amigo. — « El pasajero soy yo, repuso. Ya están listos mis caballos para pasar á Ancón, y esta misma noche me embarcaré ». — Guido, sorprendido y agitado, le observó : que cómo exponía su obra á los azares de una campaña no terminada aún, cuando nunca le había faltado el apoyo de la opinión y de las tropas; y libraba la suerte política del país á reacciones turbulentas que su ausencia provocaría sin duda; y cómo, sobre todo, dejaba en orfandad á los que le habían acompañado desde las orillas del Plata y desde Chile. — « Todo lo he meditado detenidamente, replicó con emoción. No desconozco ni los intereses de la América ni mis deberes. Abandono con pesar á camaradas que quiero como hijos, y que tan generosamente me han ayudado; pero no puedo demorar un solo día : me marcho ! Nadie me apeará de la convicción en que estoy,

(31) Guido : « Retirada de San Martín », cit.

» de que mi presencia en el Perú le traería más desgracias
 » que mi separación. Por muchos motivos no puedo ya
 » mantenerme en mi puesto sino bajo condiciones contrarias
 » á mis sentimientos y mis convicciones. Voy á decirlo :
 » para sostener la disciplina del ejército, tendría necesidad de
 » fusilar algunos jefes; y me falta valor para hacerlo con
 » compañeros que me han acompañado en los días felices y
 » desgraciados. »

Estrechado por Guido, rompió al fin la consigna del silencio que se había impuesto, y manifestó la principal de sus razones, consignada en su carta al Libertador, que ni al mismo O'Higgins había querido comunicar. « Existe una dificultad mayor, — agregó, — que no podría vencer sino á costa de la suerte del país y de mi propio crédito. Bolívar y yo no cabemos en el Perú. He penetrado sus miras : he comprendido su disgusto por la gloria que pudiera caberme en la terminación de la campaña. Él no excusaría medios para penetrar al Perú, y tal vez no pudiese evitar yo un conflicto, dando al mundo un escándalo, y los que ganarían serían los maturrangos. ¡ Eso no ! Que entre Bolívar al Perú; y si asegura lo que hemos ganado, me daré por muy satisfecho, porque de cualquier modo triunfará la América. No será San Martín el que dé un día de zambra al enemigo » (32).

Eran las diez de la noche. En ese momento, su asistente le anunció que todo estaba pronto para la marcha. El general abrazó á su compañero, montó á caballo, y tomando al trote, se perdió en la sombra. Al día siguiente Guido encontró á la cabecera de su cama una afectuosa carta, en que recordaba los trabajos que habían pasado juntos, y le agradecía, no sólo la cooperación que le había prestado en ellos, sino más que

(32) Guido : « Retirada », etc. en « Rev. de Buenos Aires », pág. 9-12.

todo « su amistad y cariño que habían suavizado sus amarguras haciéndole más llevadera la vida pública » (33). Al mismo tiempo el general Alvarado recibía otra carta, en que se despedía de sus antiguos compañeros de armas augurándoles el triunfo : « Voy á embarcarme. Queda usted para concluir la gran obra. ¡ Cuánto suavizará el resto de mis días y el de las generaciones, si la finaliza (como estoy seguro), con felicidad ! — Tenga la bondad de decir á nuestros compañeros de armas, cuál es mi reconocimiento á lo que les debo. Por ellos tengo una existencia con honor ; en fin, á ellos debo mi buen nombre » (34).

En la misma noche del 20 embarcóse en el bergantín *Belgrano*, y se alejó para siempre de las playas del Perú. Á su arribo á Chile encontró que su nombre era execrado allí como el de un verdugo, y que el gobierno de O'Higgins bamboleaba. Estaba triste y enfermo, y un violento vómito de sangre lo postró en cama por el espacio de dos meses. Al separarse del Perú, cuyo tesoro le acusaban sus enemigos haber robado, sacó por todo caudal *ciento veinte onzas de oro* en su bolsillo, y por únicos espolios, á más del estandarte de Pizarro, la campanilla de oro de la inquisición de Lima. Contaba para subsistir en Chile con la chacara donada por el Estado y con un depósito de dinero que había confiado á un amigo, del que según él mismo, solo encontró « unos cuantos reales », sin insistir más sobre este desfalco. El gobierno del Perú, noticioso de su indigencia, le envió *dos mil* pesos á cuenta de sus sueldos. Con esta plata y algunos recursos que se allegó, pudo pasar á Mendoza á principios de 1823, donde

(33) Carta de San Martín á Guido, de 21 de setiembre de 1822, á bordo del bergantín *Belgrano*.

(34) Carta de San Martín á Alvarado, de 20 de setiembre de 1822. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. XLII.)

hizo la vida de un pobre chacarero (35). Allí recibió la noticia de la caída de O'Higgins y de que su esposa agonizaba en Buenos Aires en su solitario lecho nupcial. Sólo le quedaba en el mundo un amigo proscrito, y una hija fruto de su unión, que sería su Antígona, cuando ciego como Belisario, sólo le faltase pedir limosna en los caminos. Felicitó á O'Higgins por su caída. El ex-dictador, en marcha al ostracismo, le contestó: « Recibí los parabienes por mi separación » del gobierno, como una prueba de su amistad, y más » grande don de la providencia. — Después de tantos años » de lucha, descanso ! No puedo contar con otros fondos que » los de la hacienda del Perú (Montalván) que debo á su » generosidad » (36). En los mismos días, el desterrado de Mendoza le escribía : « Se me asegura que el mismo día que » usted dejó el mando, se envió una partida para mi aprehen- » sión. No puedo creer semejante procedimiento ; sin embar- » go, desearía saberlo para presentarme en Santiago, aunque » después me muriese, y responder á los cargos que quisie- » ran hacerme » (37). Es el caso de exclamar como el poeta :
Oh! quanto è triste!

(35) Carta de O'Higgins á San Martín, preso en Valparaíso, de 5 de marzo de 1823. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLI).

(36) Véase « Las cuentas del Gran Capitán », por B. Mitre. — En el vol. LXVII, del Arch. San Martín se encuentran coleccionados todos los documentos comprobantes de las cuentas del Gran Capitán en el curso de su carrera. M. SS.

(37) Carta de San Martín á O'Higgins, de 1.º de marzo de 1823, M. S. (Papeles de O'Higgins, en Arch. Vicuña Mackenna).

VI

La retirada de San Martín del Perú, en medio de la plenitud de su gloria, con elementos bastantes para mantenerse en el poder y luchar contra el enemigo, fué un misterio para los contemporáneos, excepto para Bolívar, y á última hora, para su amigo Guido. Unos la calificaron de acto de abnegación á la manera de Washington. Otros la juzgaron como acto de deserción del hombre de acción desalentado, impotente para gobernar los sucesos. El tiempo ha disipado el misterio, y habilitado á la posteridad para pronunciar con conocimiento de causa el juicio definitivo, á que él mismo apeló, en su proclama de despedida.

San Martín, con su claro buen sentido y con su genial modestia, aunque violentándose á sí mismo según confesión propia, se dió cuenta exacta de la situación y de sus deberes para con ella, y los cumplió con prudente abnegación. Se reconoció vencido como hombre de poder eficiente para el bien, y exclamó resignado : « ¡ El destino lo dispone así ! » (38). No se creyó un hombre necesario, y pensó que la causa á que había consagrado su vida podía triunfar mejor sin él que con él. Al sondar su conciencia, debió comprender que no era como Macabeo el caudillo de su propia patria y no tenía el derecho de exigir sacrificios al pueblo en holocausto de su predominio personal. Sin voluntad para ser déspota y sin el suficiente poder material para terminar la lucha con fuerzas eficientes, abdicó, eligiendo su hora, para descender antes de caer empujado por acontecimientos que no estaba en su mano

(38) Palabras de su carta á Bolívar, anunciando su resolución de retirarse de la vida pública.